

suficientemente que teníamos razón al afirmar que el Humanismo quería excluir á Dios y su ley para poner en su lugar al hombre. El privilegio de un genio, dice Wieland, ⁽¹⁾ consiste en tener valor para descubrir una doctrina, según la cual, los vicios no lo sean; y Goethe ⁽²⁾ declara de un modo más positivo aún, que por genio se entiende aquel poder del hombre que con su actividad da la ley y la regla.

Después de las consideraciones expuestas, no se necesitan otras pruebas para demostrar que eso lo aplican no sólo al arte, sino ante todo á la moral y á la religión. En cuanto al alcance de esa enseñanza, no conocemos mejor manera de manifestarlo que las palabras dirigidas por Schiller á Carlos Moor: «¿Debo aprisionar mi cuerpo en un corsé, y en una ley mi voluntad? La ley ha convertido en marcha de caracol lo que debería ser vuelo de águila. La ley no ha hecho todavía grandes hombres, pero la libertad hace que broten colosos y hombres extraordinarios». ⁽³⁾

Nunca agradeceríamos bastante al poeta esas palabras, pues la diferencia entre Humanidad y Humanismo no podría ser expresada de un modo más claro y categórico; en tanto que el más alto objeto de la Humanidad es formar hombres completos y robustos, el ideal más elevado del Humanismo es producir monstruos, anomalías, en una palabra, degeneraciones de la vida.

Sí, es verdad. Las palabras colosos y hombres extraordinarios son realmente la clave para comprender la cultura humanista moderna. Todos quieren ser genios; todos quieren imponerse, asustar, petrificar por actos de genio, y todos tratan de conseguirlo por aberraciones y excéntricas; Miguel Ángel y su escuela por contorsiones brutales, Bernini por contorsiones históricas; en Alemania los poetas de la época silesiana y los del período revolu-

(1) Jul. Schmidt, *Gesch. des geist. Leben in Deutschl.*, II, 160.

(2) Goethe, *Leben*, 19. Buch. (*Werke* Stuttgart, 1855, XXII, 376 y sig.).

(3) Schiller, *Die Räuber*, 1, 2.

cionario y de prueba, por procedimientos de caníbales, literariamente hablando; los modernos, del modo que pueden hacerlo en su demencia de grandeza impotente; los Erostratos de la anarquía con bombas y petróleo, los Ravachol de la literatura, Maquiavelo, Malthus, Krapotkin, Nietzsche y consortes con frases á lo Spinoza. Abnegación, sacrificio, oficiosidad, no producen más que esclavos, dicen ellos; la compasión y la beneficencia enervan; el que quiera ser libre, dueño, distinguido, debe pasar por sobre la ley y sus limitaciones, y estar convencido de que únicamente la dureza y la explotación hacen los grandes hombres; que la rapacidad y los procedimientos serpentinos y diabólicos sirven tan bien como los contrarios para favorecer á la humanidad.

El Humanismo ha pronunciado aquí su propia condenación. Lejos de buscar el objeto de su desenvolvimiento en una humanidad reflexiva y sana, no encuentra bastantes palabras de desprecio contra el lastimoso espíritu carneril, contra la que Nietzsche tiene á bien llamar moral de esclavos, que se contenta con vulgares perspectivas de ultratumba. Sólo conoce una clase de hombres dignos de vivir en la tierra, los que son más que hombres. Para Nietzsche, César Borgia vale por todo un rebaño de esclavos de la conciencia. Millones de hombres honrados, que ganan el pan con el sudor de su frente y que son útiles á los demás, no pasan de nulidades para Carlyle; sólo tiene en cuenta los claramente opuestos al hombre de ley muerto y á la máquina de la tradición, al pedante y al hombre ordinario; en su concepto, es héroe el destructor del orden, que sabe el arte de pasar por sobre la ley como fórmula vana ó, como dijo el más violento hombre de Estado moderno, de evitarla como se evitan las redes. ⁽¹⁾

¡Y pregunta nuestra época de dónde proceden los grandes demolidores del orden social y los fabricantes de fórmulas, los Proudhon y los Bakunin, los genios de la anarquía y del nihilismo!

(1) Carlyle, *Héros et culte pour les héros*, 302 y sig., 319 y sig., 362 y sig.

No puede menos de estremecer el pensamiento de lo que sería el mundo si el Humanismo pudiese hacer que madurasen sus frutos en todas partes; si, en otros términos, produjese muchos genios á quienes pudieran aplicarse las palabras de Fídipido en las *Nubes* de Aristófanes: «¡Qué agradable es poseer esas ingeniosas invenciones nuevas y poder burlarse de las leyes establecidas! Cuando no pensaba más que en caballos, no era capaz de decir tres palabras seguidas sin equivocarme; pero ahora que me ha transformado el maestro, y que vivo en trato con pensamientos sutiles, con razonamientos y meditaciones, creo poder demostrar que hice bien en golpear á mi padre». (1)

(1) Aristófanes, *Nubes*, 1399 y sig.

CONFERENCIA XII

OJEADAS Á LA MUERTE

1. El ardiente deseo de la muerte es una prueba de la miseria humana.—En el Campo Santo de Pisa se puede admirar el célebre cuadro que ordinariamente se llama *el Triunfo de la muerte*. La cosecha que allí hace el ángel de la muerte es muy abundante y muy rica; durante los siete años de fertilidad no hicieron seguramente una semejante los egipcios. Emperadores y religiosas, bandidos y papas, reinas y sabios, caballeros y monjes, yacen en confusa mezcla segados por él. Acaba de entrar en una corte de amor para aplacar allí su insaciable sed de matanza. Allí están joviales compañeros con el halcón en la mano: libres de cuidados, halagados dulcemente por los acordes de las arpas, pasan el tiempo en charlar y discretear con las hermosas damas, que con un perrito en el regazo, escuchan las dulces frases, recibiendo el tributo de amor que les parece debido. Jamás pensaron menos que en aquel momento en la brillante hoz de la muerte, suspendida ya sobre sus cabezas. El terrible segador no olvida ni exime á nadie. Sólo un miserable ciego cansado de la vida está allí esperándola con impaciencia; solo un mendigo, cubierto de úlceras y sostenido por unas muletas, tiende en vano sus manos descarnadas hacia el exterminador que huye; pero éste le deja friamente entregado á su desgracia.

¡Qué horrible parece esa cosecha entre los felices de la vida! Y cuánto más horrible que hombres, hermanos de esos felices, hayan llegado hasta suspirar por la venida